

Título: Populismo en América Latina: ¿Un discurso de izquierda o de derecha? **

Autor: Luis Guillermo Patiño Aristizábal*

Correo: luis.patino@upb.edu.co

Institución: Universidad Pontificia Bolivariana Medellín- Colombia

Área Temática: Teoría Política

Sub área: Dependencia, Populismo y nuevas perspectivas de análisis.

Nota: trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013.

Resumen:

El neopopulismo es un fenómeno de primer orden en el escenario político de América Latina. Se instaura como una “nueva” forma de representación e identificación política a causa de la paulatina deslegitimación de las instituciones políticas tradicionales. La crisis de representación, la debilidad del régimen democrático y el desmonte del modelo del Estado-protector, posibilitó el “resurgimiento” de líderes populistas que, apoyados en su carisma personal, se mostraron como salvadores de la nación y hombres providenciales reconstituidores del orden perdido. En la ponencia queremos plantear que el populismo no ha desaparecido, sino que se ha transformado y ha adquirido nuevos rasgos que le permiten adaptarse a los nuevos escenarios histórico-políticos, sin dejar de lado por su puesto, los atributos que conceptualmente lo definen.

*** Esta ponencia es el resultado de la investigación: “América Latina entre el Espejismo Personalista y la Consolidación Democrática” (2008 – 2010). Patrocinada por el Centro Integrado para el Desarrollo de la Investigación (CIDI), Universidad Pontificia Bolivariana. El trabajo está inscrito en la Línea de Teoría Política del grupo de investigación en Estudios Políticos de la UPB, clasificado en Colciencias.*

** Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia, Especialista en Cultura Política y Derechos Humanos de la Universidad Autónoma Latinoamericana; Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana; doctorando en filosofía política, profesor y director de la Facultad de Ciencias Políticas de la misma Universidad.*

Introducción:

El populismo que se desarrolló en la región entre los años 1930 y 1950, fue víctima de contradicciones. A pesar de estimular el sentido de inclusión social, de permitir la incorporación de las clases populares al sistema político, y de despertar la conciencia e identidad nacional, no tuvo éxito en mantener un equilibrio de forma permanente; no modificó estructuralmente el statu quo, más bien y sin querer, las masas populares se convirtieron en su aliado, impidiendo la transformación real de la estructura social; las reformas impulsadas por sus líderes tuvieron un tope, pues el miedo, inspirado por la irrupción de millones de personas, indisciplinadas políticamente y con frecuencia poco manejables, hicieron que el alcance de las reformas fuera limitado.

La larga aventura populista latinoamericana parecía terminar, pues el fracaso de líderes y gobiernos de corte populista para consolidar las reformas que habían planteado, hicieron colapsar este tipo de proyectos. Pero a pesar del contexto hostil, al menos en apariencia, para los populismos tradicionales, empieza a surgir en los años noventa una nueva oleada populista llamada de “Tercera Generación” o “Neopopulista”, que logra adaptarse gracias a su discurso, estilo y estrategias al contexto de la globalización. Los nuevos populistas como Menem y Fujimori, adoptaron rasgos políticos del viejo populismo latinoamericano en cuanto a la forma de hacer política, liderazgo, carisma personal y discurso, pero adaptándolo al nuevo contexto mundial. Al referirse a estos líderes Marco Palacios señala que para obtener sus objetivos se mostraron hombres providenciales que no dudaron en desplegar retóricas y realizar alianzas estratégicas con los organismos financieros internacionales, con las élites económicas nacionales y con los segmentos populares de sus países.

Los estragos causados por las medidas de choque implementadas durante la primera etapa de las reformas del libre mercado, los problemas de seguridad y la deslegitimación de las formas de representación tradicionales como los partidos políticos, facilitaron el advenimiento de nuevos líderes personalistas, entre ellos Hugo Chávez, Lucio Gutiérrez, Álvaro Uribe, Evo Morales y Rafael Correa que se consolidaron a partir de un discurso que buscaba brindar respuestas a las problemáticas de sus países, desarrollando políticas de gobierno pragmáticas que respondieran a los desafíos nacionales. De allí que el populismo y su variante -el neopopulismo- se hayan constituido en un estilo y una forma particular de hacer política, que se adapta al contexto histórico y a las exigencias que el orden internacional de una época determinada le imponen.

Se puede confirmar que en América Latina, desde los años 90 hasta la primera década del siglo XXI, se han venido consolidando proyectos y liderazgos de corte populista en cuanto al estilo político, aunque no son uniformes, puesto que se diferencian dos tendencias, una representada por “populistas de corte neoliberal” y otra marcadamente nacionalista, paternalista, “anti-imperialista” y con un discurso crítico frente a los poderes establecidos.

En este sentido, la ponencia tiene como objetivo demostrar desde la teoría política los rasgos populistas que se evidencian y que en ocasiones comparten ambas tendencias -de derecha y de izquierda- la personalización del poder en su ejercicio de gobierno y las consecuencias para el sistema de pesos y contrapesos tan importante en las democracias modernas. La ruta que hemos diseñado para demostrar lo anterior consta de cuatro apartados:

1. Una aproximación al concepto de populismo

El término populismo ha sido empleado por Peter Worsley, para designar a diversos movimientos políticos y sociales ubicados en espacios geográficos y contextos históricos diferentes. Tal es el caso del movimiento Narodnik Ruso, de la segunda mitad del siglo XIX, algunos movimientos de Europa Oriental, ciertos tipos de Estados de Asia y África, movimientos norteamericanos de los estados agrícolas del oeste y el sur, y los movimientos latinoamericanos de tipo urbano, que surgieron a partir de la década de los 30.

Pero el término populismo no sólo ha sido empleado para designar movimientos sociales organizados, también ha servido para señalar determinadas características, estilos y elementos que poseen organizaciones, ideologías y movimientos de diversa índole que defienden el concepto de “Voluntad popular” y estiman primordial el contacto directo con un líder carismático que encarne las aspiraciones del pueblo.

La utilización indiscriminada del término populismo en múltiples contextos históricos y geográficos se debe en gran medida a la vaguedad y ambigüedad del concepto mismo, pues los movimientos que han sido señalados como populistas en las diferentes regiones del planeta, dice Peter Worsley no comparten una tradición académica o intelectual, ni imputan su origen ideológico a una fuente particular y distintiva (como por ejemplo una obra o personaje representativo), tampoco sugieren la existencia de una línea clara que permita determinar su origen y ascendencia.

Es así que el populismo no es parte de una tradición compartida ni aceptada por todos sus actores, por lo cual no le otorga una auto identificación tipológica, sino que su caracterización es dada desde afuera. En términos de Worsley:

Cuando los científicos sociales ubican en una misma clase, bajo el rubro de “populistas”, a movimientos que carecen de toda concepción relativa a su pertenencia a una familia de movimientos, o a su descendencia de algún ancestral pionero o prototipo. Es un hecho típico que no haya existido jamás una “Internacional populista”, y que muchos movimientos rotulados como populistas por personas no pertenecientes a ellos nunca utilizaron este rótulo para describirse a sí mismos. Ni siquiera se percataron que otros movimientos

análogos (para nosotros) existieran alguna vez y mucho menos mantuvieran contacto con ellos a nivel organizativo¹.

Señala Worsley² que todos los partidos comunistas del mundo, se reconocen parte integral de una tradición internacional con interconexiones institucionalizadas. Los chinos, norcoreanos, soviéticos o cubanos tenían conciencia que sus sistemas políticos hacían parte de una comunidad histórica y mundial de acción y pensamiento. Con los movimientos populistas ocurre algo diferente, no poseen una tradición común de la que tengan conciencia y no reconocen unas fuentes teóricas universales que posibilite su auto identificación, además en la mayoría de los casos, los movimientos populistas no se reconocen así mismos como tales.

En tanto, el populismo considerado como un discurso y un estilo de hacer política, una suerte de énfasis y una dimensión de la cultura política dice Peter Worsley³ (acción política en general) y no como una especie particular de sistema ideológico o económico, es lo que permite comprender porqué han sido llamados populistas tantos movimientos y líderes en el mundo, a pesar de sus marcadas diferencias. Este discurso se instaura sin dificultad en las diversas sociedades, tradiciones políticas, culturas o regímenes -bien sean democráticos, totalitarios o autoritarios como muchos latinoamericanos.

Con esta perspectiva teórica se identifica Ernesto Laclau para quien es acertado considerar al populismo una dimensión de la cultura política: “(...) Si Worsley está en lo cierto –como pienso que lo está-, entonces la necedad de todo el ejercicio de intentar identificar los contenidos universales del populismo se vuelve evidente: como hemos visto , a conducido a intentos repetidos de identificar la base social del populismo, sólo para descubrir un momento después que uno no puede hacer otra cosa que seguir denominando ”populistas” a movimientos con bases sociales completamente diferentes entre sí. Pero. Por supuesto, si se intenta evitar este escollo identificando al populismo con una dimensión que atraviesa las diferencias ideológicas y sociales, uno se enfrenta a la tarea de especificar cual es esta dimensión (...)”⁴.

Estamos frente a un término que presenta múltiples caras, es diverso y complejo, por ello es necesario delimitarlo.

Para efectos de comprensión y análisis del fenómeno populista latinoamericano, en esta ponencia no se asume el populismo como un periodo histórico, fase de desarrollo, política económica, ideología en particular, ni como un estadio de la posición política de las clases

¹ WORSLEY, Peter. “El concepto de populismo”. En: G. Ionescu (comps): Populismo, sus significados y características nacionales. Buenos Aires : Amorrortu, 1959. p. 265

² Ibid; p. 259-260

³ Ibid; p. 300-304

⁴ Cf. LACLAU, E. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica de Argentina, 2005, p. 29.

populares. La concepción que se adopta pretende alejar al concepto de perspectivas y connotaciones no políticas. Se asume el populismo siguiendo a Peter Worsley como la dimensión de la acción política que se materializa a través de un discurso, estilo o forma de hacer política, adoptada por ciertos líderes, organizaciones o movimientos populares, con el propósito de conquistar votos, conseguir apoyo popular, expandir su electorado, consolidar su proyecto en la sociedad o materializar el poder político. De allí que el populismo en cuanto estrategia o estilo político, implica un contacto directo y una relación cercana entre el líder y el heterogéneo mundo de seguidores, dispuestos a ser movilizados.

Bajo la concepción anterior, se puede señalar que el populismo desde los años 30 hasta los primeros años del presente siglo en América Latina, se ha constituido en una forma común de hacer política, que se instaura dentro de la cultura o tradición política de la región y se adapta al contexto histórico y a las exigencias que el orden internacional.

2. Populismo y Neopopulismo: relación de familia

América Latina ha experimentado tres generaciones populistas. La primera, considerada fundacional, representa el populismo de los antiguos como Juan Domingo Perón (Argentina), Getulio Vargas (Brasil), Lázaro Cárdenas (México), Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú), Rómulo Betancourt (Venezuela) o Jorge Eliécer Gaitán (Colombia). La generación de fundadores tuvo un papel protagónico en las décadas del 30 al 50 del siglo pasado; se caracterizaron por desarrollar una política económica nacionalista y modernizadora; defendieron el proteccionismo para favorecer e impulsar la industrialización; se preocuparon por consolidar un Estado empresario, que no sólo reguló la vida social sino que actuó como impulsor directo de las unidades de producción en sus respectivas naciones.

Después de este largo período del populismo, surge la segunda generación como lo muestra Marco Palacios refiriéndose a una: “Generación intermedia populista de los años setenta y comienzos de los ochenta, época de los estertores del industrialismo estatista, en la que figuran militares golpistas y reformistas como Juan Velasco Alvarado y Omar Torrijos; el segundo Perón, junto a los políticos profesionales del estado PRI, como Luis Echeverría y José López Portillo; O como el primer Carlos Andrés Pérez y, un poco tardíamente Alan García”⁵.

A pesar de este contexto hostil, al menos en apariencia para los populismos tradicionales, empieza a surgir una nueva oleada populista, llamada de “Tercera Generación”, “Neopopulista” o “Populismo de los Políticos” que encaja con la descripción tipológica del populismo realizada por Margaret Canovan, donde destaca que pueden existir: “dictaduras

⁵ PALACIOS, Marco. De populistas, Mandarines y Violencias: Luchas por el poder. Bogotá : Ed. Planeta, 2001. p. 48.

populistas, democracias populistas, populistas reaccionarios y el populismo de los políticos”⁶. Este último se constituye en el neopopulismo o de tercera generación, que a partir de los años 90, logra adaptarse gracias a su discurso, estilo y estrategias al contexto de la globalización y se convierten en los estandartes de la apertura económica en sus países y de la liberación de mercados, tal es el caso de Carlos Saúl Menem y Alberto Fujimori.

Para acercar y relacionar el neopopulismo con el populismo, evitando trasplantar y confundir los contextos históricos y políticos donde se han desarrollado, es fundamental adoptar la estrategia que James Mahón y David Collier proponen y denominan “parecidos de familia”⁷. Pues, posibilita que el concepto consolidado en los años 30, pueda ser aplicado en el contexto político e histórico de los años 90 y primera década del presente siglo. ¿Pero cómo se consigue esto? Cuando se aplica la estrategia de “parecidos de familia” (*family resemblance*) que señala: dos conceptos apartados en el tiempo tienen relación y dan cuenta de un fenómeno, sin que éste pierda poder explicativo cuando comparten la mayoría -aunque no todos- de los atributos que definen el concepto original, y/o cuando los comparten todos, pero en grados diversos.

Al aplicar la estrategia de “parecidos de familia”, podemos considerar al neopopulismo un tipo de populismo, puesto que comparte la mayoría de las características y atributos del populismo, y/o todas pero en grados variados, dependiendo del escenario político del país donde se materializa. A propósito, es importante remitimos a Germán Lodola:

Definir el neopopulismo como un ‘pariente de familia’ del populismo tiene la ventaja de relajar criterios empiristas rígidos y, por tanto, permite realizar una comparación entre mayor número de países o casos (...) definir el neopopulismo en términos de parecidos de familia, según mi punto de vista es la estrategia correcta, ya que no hay razones empíricas para adoptar una posición “esencialista” que priorice un atributo de un fenómeno multi-adimensional por sobre todos los demás. En consecuencia, el Neopopulismo es un estilo estratégico que presenta, en grados variados, los cinco atributos del populismo⁸.

Los “ciclos populistas” de América Latina aunque aislados en el tiempo, comparten unas características y atributos que permiten entender el fenómeno como una estrategia, estilo político o forma de hacer política. Es necesario, bajo la estrategia de “parecidos de familia”, señalar la afinidad y correspondencia de los atributos populistas con los neopopulistas, al igual que sus variaciones para comprender por qué el fenómeno neopopulismo no es el

⁶ CANOVAN, Margaret. *Populism*, Junction Books, Londres. 1981.

⁷ Para comprender la teoría de los “Parecidos de familia” confróntese COLLIER, David Y MAHON, James. “Conceptual stretching revisited: Adapting categories in comparative Analysis”. *American political science*. No. 87. Vol. 4 (1993).

⁸ LODOLA, Germán. “Neopopulismo y compensaciones a los perdedores del cambio económico en América Latina”. En: *Diálogo Político*. Buenos Aires. (Junio 2004); p. 17.

mismo populismo de antaño (clásico), ni algo totalmente distinto, sino que representa una versión adaptada a los tiempos y contextos actuales. Algunos atributos son:

El patrón de liderazgo político y personalista⁹. Es un atributo que se encuentra en el populismo clásico y en su versión neoliberal (neopopulista). El líder moviliza la acción política de las masas, y establece una conexión directa, casi mística con “su pueblo”; su discurso le permite conseguir el favor de los electores, conquistar votos y ganar elecciones. Su carisma y dotes personales lo hacen ver un “súper hombre” con poderes especiales, el “salvador” amado por el pueblo, y con capacidades excepcionales para restituir el orden o resolver las problemáticas que afronta su sociedad. Estas figuras inspiran confianza y autoridad entre las masas populares para emprender las transformaciones que los países necesitan.

Una forma de movilización política vertical; es decir, el líder subordina a su favor las formas institucionales de mediación y representación política para establecer un contacto directo con el pueblo al que dice representar y del que espera obtener un apoyo incondicional. Los populistas de otrora, y los actuales, no admiten que las instituciones de intermediación, impidan una estrecha relación entre el pueblo y ellos, haciendo que surjan nuevas formas de identificación y representación política. El populismo utilizaba instrumentos corporativos que aseguraban un control vertical de la distribución de beneficios y la articulación de las demandas de la clase trabajadora, lo que posibilitó la construcción de organizaciones partidarias o sindicales –dirigidas o manipuladas a voluntad por el líder- que permitieron la movilización social. Por su parte, en el neopopulismo sus líderes se separan de las instituciones políticas para entablar una relación cuasi personal con su electorado.

Una coalición de apoyo multi-clasista basada en los sectores populares, se constituye en otro atributo común. La coalición política con pretensiones de obtener el poder político, acude al carisma personal del líder para movilizar y atraer diferentes bases sociales con el propósito de lograr un apoyo electoral que garantice el triunfo en las elecciones. La coalición multclasista está integrada por sectores de la élite (lideran la coalición), pero cuenta mayoritariamente con un decidido apoyo popular de sectores urbanos o rurales. Aunque el populismo y el neopopulismo movilizan bases sociales, éstas son diferentes. El populismo movilizaba fundamentalmente la clase urbana sindicalizada, mientras que el neopopulismo se articula con el apoyo de los sectores informales de las grandes ciudades, y en ocasiones con el campesinado.

⁹ Para confrontar la relación existente entre los atributos del populismo clásico y el neopopulismo remítase a LODOLA, Germán. “Neopopulismo y compensaciones a los perdedores del cambio económico en América Latina”. En: *Diálogo Político*. Buenos Aires. (Junio 2004); p. 11-27.

Una ideología ecléctica y anti-establecimiento basada en un discurso político que en muchos casos no es original. De acuerdo con sus propósitos se nutre de diversas ideologías. Esto se da en parte, porque el populismo, ha carecido de una tradición teórica particular que permita su auto identificación. El populismo como estilo o discurso político necesita crear e identificar a sus enemigos, los cuales pueden ser internos o externos. Ambos necesarios para promover a los líderes populistas, mantener el apoyo popular y unificar el pensamiento de sus seguidores.

El uso sistemático de políticas y métodos redistributivos y clientelares, se convierte en un instrumento político utilizado por los líderes populistas para obtener el apoyo de los sectores populares. La distribución de beneficios socio-económicos diversos, y el efecto en la población sobre la cual recaen, han posibilitado crear o fortalecer lazos clientelares y conseguir lealtades, necesarias para mantener o conseguir el poder político. Así el populismo utilizó una combinación de beneficios personales y universales para crear lealtades y obtener apoyo popular (...) En contraste la teoría neopopulista afirma que estos beneficios colectivos han sido reemplazados por beneficios selectivos (...) sostiene que los gobiernos neopopulistas crearon programas de asistencia social focalizada para pobres urbanos y rurales¹⁰.

Dados los atributos anteriores, podemos señalar la afinidad y la relación existente entre el populismo clásico y su variante liberal o neopopulista. A pesar de la confirmada relación y correspondencia, estos atributos poseen unas variaciones que reflejan los diferentes contextos y realidades históricas donde se materializan, pero a su vez, permite identificar como neopopulismos a las formas contemporáneas que asume el populismo.

3. El Regreso del líder.

Al igual que en el populismo clásico, en el neopopulismo el líder juega un papel preponderante al convertirse en el elemento esencial para la consolidación de cualquier proyecto político. En el contexto de la globalización y de la economía de libre mercado se presentan como figuras protagónicas. Al respecto Marcos Novaro señala:

Los líderes neopopulistas, se presentan a la vez como personificación del orden, de la capacidad de gobernar y tomar decisiones, y como protectores paternales del pueblo, velando por sus representados, a quienes protegen del rigor de los economistas y los técnicos (que en muchos casos ellos mismos llevan al poder), y frente a un mundo descarnado e insensible a los sufrimientos humanos, a sociedades donde la competencia y desigualdades del mercado han ido

¹⁰ Ibid., p. 19.

agudizando y generalizando la sensación de incertidumbre e inseguridad personal¹¹.

Estos nuevos líderes latinoamericanos surgieron a finales de la década de los 80s, continuaron apareciendo en los 90s y sobreviven en el primer lustro del siglo XXI. Han ganado popularidad en sus respectivos países gracias al desprestigio de la clase política tradicional y al desencanto de los ciudadanos por la política en general. Al utilizar un discurso político estratégico han conseguido ganar elecciones y fortalecer su respaldo popular; se presentan como hombres providenciales, guiados en ocasiones por designios sobrehumanos que son indiscutibles, y como tal deben aplicarse de forma inmediata. Para evidenciar lo anterior retomamos un ejemplo que Marcos Novaro trae a colación: “Hace pocos meses, en el contexto de debate sobre la evolución de la pobreza en el país (**se refería a la Argentina**)*, el presidente Carlos Menem sorprendió a propios y extraños con esta frase: el plan económico me lo dicta Dios”¹². Con lo anterior, se demuestra que los líderes neopopulistas alcanzan sus propósitos atribuyéndose dotes mesiánicas, además legitiman su poder en la confianza y autoridad que inspiran.

Dentro del neopopulismo el líder representa la voluntad del pueblo, su poder sobrepasa muchos de los mecanismos y procedimientos de la democracia liberal, su contacto directo con las masas a través de Rondas Campesinas (Alberto Fujimori), Consejos Comunales (Álvaro Uribe) o mediante la gran dimensión mediática que manejan con programas como Aló Presidente (Hugo Chávez), les posibilita obtener un apoyo mayoritario de la población, que acepta entregar o delegar el poder a estos líderes de corte autoritario, quienes dicen encarnar y personificar las aspiraciones populares. De ahí el magnetismo y la capacidad de los neopopulistas para atraer y movilizar al pueblo ofreciendo solución a sus problemas.

Una razón para explicar el surgimiento de los líderes neopopulistas, la podemos encontrar en el escenario reinante en las postrimerías de la década de los 80s e inicios de los 90s, periodo en el cual Latinoamérica experimentaba cambios con el desmonte del viejo modelo de desarrollo (Estado- protector) y en la transición hacia una economía de libre mercado. Además, a nivel político se estaban consolidando en diversos países –después de los regímenes militares- las instituciones democráticas. Estas transformaciones causaron fracturas considerables al interior de las sociedades, se debilitaron las estructuras políticas, sociales y económicas que habían existido por décadas, ocasionando fragmentación de

¹¹ NOVARO, Marcos. “Los populismos latinoamericanos transfigurados”. En: *Nueva Sociedad*. Caracas. No. 144. (Julio-Agosto 1996); p.144.

* La negrilla es nuestra.

¹² NOVARO, Marcos. “Crisis de representación, Neopopulismo y consolidación democrática”. En: *Revista Sociedad*. Buenos Aires. [En línea] Este trabajo resume parte de los resultados de una investigación que se desarrolla en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Esta versión fue presentada al I Congreso Nacional de Ciencia Política en noviembre de 1993. La versión completa fue publicada bajo el título *Pilotos de tormentas* por Letra Buena, en Abril de 1994. [Consultado en enero de 2006] http://www.politica.com.ar/Filosofia_politica/Nuevos%20Filopol/novaro_rep_pilotos.html. p.1.

grupos de interés organizados, inestabilidad creciente en el mercado laboral, conflictos sectoriales, dificultad de los Estados para mantener índices de crecimiento económico y de bienestar social.

Ante las dificultades anteriores, se necesitaba una respuesta inmediata y eficaz por parte de las instituciones, pero su incapacidad para solucionar los problemas más urgentes, hizo que se desatara una crisis de representación. Los partidos de gobierno no fueron capaces de responder a las demandas de la ciudadanía, por ello la confianza y el sentimiento de pertenencia a estas organizaciones se vio erosionado, ocasionando una desarticulación en la parte superior del sistema, crisis en las instituciones y en propios partidos tradicionales.

En este contexto dice Novaro: “como la crisis social y económica despertó sentimientos de frustración y decepción hacía las instituciones políticas y la demanda de libertades de los primeros años fue remplazada por una demanda de eficacia, autoridad y “más gobierno”, y, esa situación favoreció la emergencia de liderazgos personalistas que recibieron amplias prerrogativas y desplazaron a las dirigencias tradicionales”¹³. De allí que la crisis de representación política que afectó a los países de América Latina fuera un detonante para el surgimiento de liderazgos de corte neopopulista que mostraron “efectividad gubernativa” a partir de resultados inmediatos y concretos, que fortalecían su imagen y su apoyo electoral.

Sus liderazgos sustituyeron las formas de representación política por unas nuevas imágenes de identificación que se acomodaban al escenario planteado por la globalización o para oponerse a ella. El líder proyecta una imagen que personifica el orden y las soluciones a los problemas. Una promesa de “salvación” se instaura muy bien en una sociedad en la cual los referentes institucionales tradicionales se encuentran desacreditados, se crea un vacío de identidad aprovechado por los líderes gracias a los medios masivos de comunicación para fortalecer su imagen, mediatizar sus discursos y propuestas políticas, manipular la información y crear identificaciones en torno a su figura.

En el neopopulismo la figura del líder se construye en gran medida a partir de los medios de comunicación, son figuras mediáticas que en apariencia establecen un contacto directo con sus conciudadanos, mediante la propaganda que emiten por diferentes canales. Los liderazgos neopopulistas dice De la Torre: son “construidos desde los medios de información. Los escenarios de la política se desplazan a la pantalla de televisión y la política se transforma en lo que Sartori llama vídeo político, apto para caudillos providenciales, cuidadosamente manufacturados por el marketing mediático. Se crea la ilusión de una relación más directa y diáfana con las gentes”¹⁴, y queda la sensación que la política toma tintes de espectáculo donde el ideario y la convicción política es sustituida por el poder de la imagen y el sonido. De allí, que Chávez utilizara estratégicamente los medios de comunicación: desde el 1999 hasta El 29 de enero de 2012, realizó más de 380

¹⁴ DE LA TORRE, Cristina. Álvaro Uribe o el Neopopulismo. Medellín : La Carreta, 2005. p. 24

programas: “Aló presidente” en radio y televisión, con un promedio al aire de 5 horas por emisión. De la misma forma la apertura en Julio de 2005 del canal Telesur, le permitió incrementar hasta el día de sus funerales sus apariciones televisivas no únicamente en su país sino en gran parte del continente Americano y el mundo. Igualmente, Uribe en sus primeros años de gobierno, pasó más de 2500 horas en televisión, un promedio de casi tres horas diarias, que aumentaron con la campaña reeleccionista de 2005¹⁵.

Podemos establecer que el neopopulismo reproduce elementos del caudillismo y del clientelismo de otrora dando prioridad a la voluntad indiscutible y autoritaria del líder por encima de las instituciones republicanas. De allí, la aparente dificultad que tienen los neopopulismos para adaptarse al engranaje institucional de la democracia -al menos la representativa- propiciando modalidades de dominación política que Guillermo O’Donnell denomina “democracias delegatarias”. En consecuencia, Carlos Vilas apunta:

El liderazgo fuertemente personalizado, las transgresiones simbólicas, la relevancia acordada a la dimensión mediática de la relación con el público –la política como espectáculo-, el acotamiento o supresión de la autonomía de las organizaciones sociales, todo ello en escenario de crisis, fragmentación del tejido social y desmovilización popular, configuran esos regímenes políticos que por recurrir periódicamente a elecciones siguen siendo considerados democracias, pero por su manipulación de las instituciones y por su frecuente concentración de poder son adjetivadas como delegativas¹⁶.

Otros autores, entre ellos Naomi Darembaum, explica que lo experimentado en América Latina y Venezuela es una “democracia callejera o una “hiperdemocracia”, donde las pasiones políticas gobiernan y ninguna de las partes proponen soluciones responsables a las problemáticas que padece el país:

“Venezuela atraviesa una terrible crisis política; pero no por falta sino exceso de democracia. Venezuela vive un experimento político en el que se ha puesto en práctica una concepción mesiánica de la democracia a través del orden jurídico, y en la cual las clases populares, hoy convencidas de que la participación política se traduce en salvación, gobiernan directamente con y a través del presidente, evitando todas las demás instituciones salvo, tal vez, el ejército”¹⁷.

Podemos puntualizar que en la “democracia delegativa” y en la “hiperdemocracia” no existen partidos detrás del líder, sino movimientos que dicen encarnar los más sublimes intereses nacionales; las elecciones tienen un alto componente emocional que se diluye

¹⁵ Véase DE LA TORRE, Cristina. Op. Cit., p. 101

¹⁶ VILAS, Carlos M. “¿Populismos reciclados o Neoliberalismo a secas?” En: Revista venezolana de economía y ciencias sociales. Caracas. N. 39. (mayo- agosto 2003); p.30.

¹⁷ DAREMBLUM, Naomi. Op. cit p. 94

después del triunfo del candidato, se crea una actitud pasiva entre los electores quienes parecen sólo estar expectantes frente a las actuaciones estelares del presidente. De igual manera, la forma en que actúan algunos líderes dentro de las democracias, ha hecho que su régimen sea señalado una especie de “dictadura plebiscitaria” (o al menos se parezca a ésta), por cuanto el pueblo mediante algunos instrumentos de la democracia directa participa en el escenario político. Pero esta participación no es tan genuina como puede parecer, pues lo que realiza es delegar en muchos casos el poder a un político autoritario, quien aprovecha los mecanismos de participación ciudadana para que el pueblo apruebe sus designios, llegando incluso a simbolizar la voluntad popular.

El peligro, recalca Darembaum, no sólo en Venezuela sino en todo el hemisferio radica en que: “(...) estas sociedades puedan igualar trágicamente sus frustración con la política de partidos con un rechazo de la democracia, y dejarse seducir por la hiperdemocracia. Pero esta no significa más democracia, sino todo lo contrario: la hiperdemocracia en realidad es una enfermedad de la democracia. Las consecuencias de este exceso populista son patentes en Venezuela hoy en día, y son verdaderamente alarmantes”¹⁸.

4. La figura reeleccionista: rasgo neopopulista latinoamericano

La reelección en América Latina surge nuevamente con líderes de tendencia personalista en los años 90, su propósito no ha sido el fortalecimiento de las instituciones políticas ni de la sociedad civil, sino la continuidad de proyectos con tintes mesiánicos. Como ejemplo tenemos a Alberto Fujimori en el Perú, que después de sus éxitos políticos y militares sobre el grupo guerrillero Sendero Luminoso –que le permitió conseguir el favor de su pueblo- no sólo se mostró un líder Anti-político que clausuró el Congreso, reformó la Constitución, persiguió a sus contradictores políticos, sino además, se hizo reelegir con el objetivo de permanecer en el poder. Al final en su segunda reelección los escándalos de corrupción gubernamental hicieron inmanejable la situación, tuvo que dejar su cargo y asilarse en Japón, pero su deseo por ser candidato a las elecciones presidenciales de su país en el 2006 lo hizo regresar al país, donde actualmente se encuentra en la cárcel.

Otro caso importante lo representa el ex-presidente argentino Carlos Menem, quien al igual que Fujimori se mostró el salvador de la nación ante la crisis económica que padecía su país desde los años 80; logró adquirir un poder indiscutible gracias al éxito obtenido por las primeras reformas aplicadas en la Argentina y por la derrota a la inflación que había flagelado por años el bolsillo de los ciudadanos. Como buen neopopulista, Menem manifestaba que “las políticas económicas se las dictaba Dios”, con lo cual incrementaba su rasgos mesiánicos que a la postre permitieron consolidar un liderazgo indiscutible e

¹⁸ Ibid, p.95

imprescindible y mantener el poder consiguiendo la aprobación de su reelección presidencial. Después de culminar su mandato el país entró en una profunda crisis económica y social producto de políticas gubernamentales erradas y la corrupción galopante del régimen. Menem fue condenado a 7 años de cárcel.

Un ejemplo también importante de los liderazgos personalistas que surgieron en Latino América durante los años 90s, es representado por la figura “providencial” de Hugo Chávez en Venezuela. Teniente Coronel, fundador del Movimiento Bolivariano “Quinta República” e intentó un golpe de Estado en contra del régimen constitucional venezolano. Su populismo como acción política lo llevó a crear una nueva Constitución, apoyado en una Asamblea Nacional Constituyente que le otorgó facultades para supeditar el legislativo y el judicial a su causa personalista, consiguiendo aprobar la reelección inmediata y por varios períodos. Tras la muerte de Chávez en 2013, el proyecto Bolivariano que heredó Nicolás Maduro tiene una duración indeterminada en la cúpula del poder Venezolano.

Así mismo, es significativo el caso del Ex presidente Álvaro Uribe en Colombia, quien reformó la Constitución para establecer la figura reeleccionista de manera inmediata y así mantenerse en el poder. Además de esto, un grupo de sus seguidores promovieron la posibilidad de una segunda reelección consecutiva a través de un referendo, iniciativa que fue rechazada por la Corte Constitucional que la consideró improcedente y en contravía del orden normativo.

La tendencia reeleccionista lejos de desaparecer, ha tomado más fuerza en la región, otros presidentes han optado por acercarse a la Constitución de manera peligrosa, la han reformado de acuerdo con sus intereses particulares y se han mantenido en el poder por varios periodos, es el caso de Daniel Ortega en Nicaragua, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador. Todos sin excepción aprovechando sus altos niveles de opinión favorable y la defensa de su obra por parte de sus seguidores quienes han señalado insuficiente un periodo gubernamental y la necesidad imperiosa de prolongarlo como única fórmula viable para conjurar las crisis al interior de sus Estados.

La experiencia populista latinoamericana reciente nos demuestra cómo los liderazgos que se han impuesto en la región a pesar de sus logros iniciales e indiscutibles en materia económica y de seguridad, de la percepción general de bienestar y de progreso se instauraron con una marcada tendencia personalista y autoritaria, prevaleciendo incluso, por encima de las instancias de representación y del orden institucional que ha sido quebrantado o instrumentalizado para favorecer los intereses del ejecutivo. Al respecto Cristina de la Torre escribe: “Hay estrecha correlación entre neopopulismo, desinstitucionalización y régimen autocrático. En el neopopulismo la democracia liberal se convierte en democracia delegativa o en dictadura plebiscitaria, pues el poder se concentra en el líder y la división de

poderes desaparece. A la voz de la crisis del Estado y de los partidos, el líder desarrolla una deliberada estrategia de desinstitucionalización.”¹⁹

Estos regímenes se apropiaron de la figura reeleccionista inmediata para que el líder se mantuviera en el poder; utilizaron el mecanismo del Referendo o Plebiscito para mantener el apoyo popular; consiguieron el respaldo del pueblo en asuntos trascendentales tanto para el gobierno como para su líder, aprovechando su imagen favorable y sus altos índices de popularidad; vendieron a sus naciones la imagen de hombres honestos y providenciales, anti-políticos puestos en el poder para grandes obras: restituir el orden perdido en sus países por la galopante corrupción. Además, vendieron la visión de luchar contra un enemigo común, el cual era necesario derrotar pues ponía en riesgo la unidad de la nación. Estos enemigos fueron y son la politiquería representada por partidos tradicionales de sus países, las oligarquías nacionales y las crisis económicas generadoras de mayor pobreza, el imperialismo norteamericano o los grupos subversivos como Sendero Luminoso o las FARC.

Al final este tipo de gobiernos personalistas, se han diluido en sus propias contradicciones: la corrupción galopante y el desconocimiento del valor de la pluralidad política, la tendencia a perpetuarse en el poder, el poco respeto por los medios de comunicación y la libertad de prensa, su limitada consistencia ideológica, sus rasgos antidemocráticos y poca planeación a largo plazo han ocasionado nuevas crisis económicas, políticas y sociales en sus respectivos países, incrementando los niveles de confrontación y polarización social.

Pero en el escenario planteado: **¿Cómo lograron líderes latinoamericanos -Hugo Chávez, Alberto Fujimori, Carlos Menem, Álvaro Uribe o Rafael correá- representar los intereses de la nación? ¿Qué clase de identificaciones operaron para el éxito de estos líderes carismáticos y personalistas?**

Consideremos, en primera instancia, que la noción de identidad, de acuerdo con Marcos Novaro: “se refiere al principio de unidad de un colectivo, aquello que lo mantiene unido y que de otro modo sería una multitud políticamente inerte”²⁰. En este sentido, Hobbes en el capítulo XXV del *Leviatán*, brinda una idea para comprender como funciona la noción de unidad que posibilita la identidad de un pueblo, al señalar que ninguna república popular se ha mantenido jamás unida, sino gracias a un enemigo exterior que la aglutinara; o la reputación de algún hombre eminente entre el pueblo. Marcos Novaro –tomando como referencia a Hobbes, enfatiza: “A falta de un principio tenemos, al parecer, dos. El primero la existencia de un “otro” frente al cual se constituye el “nosotros”, puede ser denominado

¹⁹ DE LA TORRE, Cristina. Op. Cit., p. 27

²⁰ NOVARO, Marcos. Op. Cit., p. 144

“principio de alteridad”. El segundo, la referencia común a un tercero que se destaca del conjunto, lo denominamos “principio de escenificación” es fácil advertirlo, corresponde a lo que habitualmente se denomina representación”²¹.

Aplicando el primer principio, vemos como Álvaro Uribe al igual que Fujimori en Perú con Sendero Luminoso, señaló a las FARC, como responsables de los problemas que aquejaban al país, por lo cual convocó a los diferentes sectores de la sociedad para que de una manera decidida rechazaran su accionar y actuaran como un todo en su contra. Chávez en Venezuela hizo lo propio acusando a la clase política tradicional representada en los dos viejos partidos políticos de la crisis institucional y económica que padeció el país a finales de los ochenta y comienzos del 90. Además acusó a los Estados Unidos de realizar acciones de sabotaje para minar su proyecto Bolivariano. En esta misma línea Rafael Correa hábilmente no solo ha criticado a la oposición sino que ha librado una batalla especial con la prensa de su país acusándola de mentirosa y peligrosa para la estabilidad nacional.

De esta forma, el principio de “alteridad” se da a partir del señalamiento, la oposición y el enfrentamiento a un enemigo común, al cual es urgente derrotar militarmente o políticamente para resolver los problemas que aquejan a sus sociedades. Los presidentes, hábilmente, lograron vender esta visión, haciendo un llamado a la unidad nacional para enfrentar a una organización armada, política o mediática que se constituye en la más grave amenaza para orden institucional.

En estos países la identidad como unidad del colectivo, se ha querido constituir a partir de las relaciones que se establecen con los otros. En el principio de alteridad se identifica un enemigo común para mantener unido al colectivo, establece Novaro, se evidencia también en el Schmitt del *Concepto de lo político*, cuando escribe: “es a partir de la contraposición a un enemigo, vale decir, la decisión de enfrentar a “otro”, que se constituye la identidad del “amigo” en tanto entidad política. (Schmitt 1932)”²².

El segundo principio que posibilita la unidad del actor colectivo es el de la “escenificación o representación” en cuanto hace referencia común a un tercero que se destaca del conjunto. Aplicando este principio a la realidad colombiana, podemos indicar que el ex presidente Uribe Vélez quiso mantener la unidad de los colombianos a partir de su figura y carisma personal, pues de acuerdo con Hobbes la consolidación de la república puede efectuarse en torno a un jefe, capaz de construir identidades y agregaciones políticas con base en vínculos de representación que se estructuran gracias a su figura. Lo propio sucedió con Hugo Chávez: su enorme capacidad para aglutinar al pueblo en torno a su figura le permitió destacarse como el gran líder de la Revolución Bolivariana, padre providencial

²¹ Idem. p. 144

²² Ibid., p. 95

que refundó la Venezuela contemporánea y ahora, después de su muerte, se ha constituido como una especie de figura sobre natural que continúa mostrando el camino a sus sucesores y conciudadanos.

De allí que la unidad de la nación y la consolidación del Estado, se haya querido efectuar a partir del decisionismo último de los soberanos, que bajo el pretexto de superar la falta de autoridad, la crisis generalizada, los problemas de representación y la desestabilización social, exigieron a sus pueblos poderes excepcionales y superiores. Se presentaron como hombres que se destacaban del colectivo, con cualidades únicas que los diferenciaba del común de los ciudadanos, con el poder y la fuerza del gran legislador que sabe cuáles son las decisiones que deben tomarse en el momento justo, con capacidad para interpretar las expectativas de sus con-nacionales, y con la convicción del timonel para señalar el camino que debían recorrer sus naciones.

Todas las aspiraciones, valores, voluntades, sueños, frustraciones e intereses del colectivo, no podían quedarse en el espacio infinito, sino que debían ser personificadas, es decir representadas, y es allí donde apareció el carisma, la personalidad, la fuerza y el liderazgo tanto de Álvaro Uribe como de Chávez, que posibilitaron materializar por “escenificación” las expectativas de sus electores y crear identidad en el terreno político en torno a sus figuras.

¿Pero, qué repercusiones trae para la región la aplicación de estos dos principios? En primer lugar, al materializarse la concepción amigo-enemigo, se están radicalizando las posturas en torno a las problemáticas sociales, el modelo de estado y la calidad de las instituciones que se quieren consolidar. Segundo, bajo este principio de confrontación a partir de la “gran visión del líder”, se pretende unificar en un todo al soberano y a los ciudadanos, sin delimitar los ámbitos donde se encuentran y se diferencian, lo que hace que desaparezca no solo la división de poderes sino además la separación Estado-sociedad.

Consideraciones finales

En el contexto actual, sería un error desconocer la existencia de los neopopulismos dentro del contexto de las democracias de América Latina, porque a pesar de reflejar elementos cuestionables del populismo clásico, actualmente hace parte incuestionable de la cultura política del subcontinente: juega roles, precisamente democráticos a pesar de sus rasgos “premodernos”, y su influencia se traduce en la incorporación, dentro de la discursividad política, de nuevas demandas como solidaridad, reconocimiento de la diversidad social, redistribución o equidad, y nuevas identidades, como lo señala Fernando Mayorga.

El populismo considerado estrategia política o estilo de hacer política que se materializa a través de un discurso, y no como una especie particular de estadio de desarrollo, sistema ideológico o económico, es lo que permite comprender por qué han sido llamados populistas tantos movimientos y líderes en el contexto internacional, a pesar de sus marcadas diferencias. Este discurso se instaure sin dificultad en diversas sociedades, tradiciones políticas, culturas y regímenes políticos. Por ello, no es un rasgo que se le pueda atribuir exclusivamente a las denominadas izquierdas o derechas del continente.

Se puede confirmar que en América Latina, desde los años 90, se han venido consolidando proyectos y liderazgos de corte populista en cuanto al estilo político, aunque no son uniformes, puesto que se diferencian dos tendencias: una representada por “populistas de corte neoliberal” y de derecha que se adaptan al contexto global, tiene relaciones fluidas con los poderes económicos e instituciones internacionales, pero su estrategia política es altamente personalista, entre sus actores se encuentran: Carlos Menem, Bucaram, Alberto Fujimori y Álvaro Uribe. La otra tendencia está representada por un “populismo progresista” o de izquierda, que evoca los fundamentos de los movimientos populistas clásicos o de primera generación, es marcadamente nacionalista, paternalista, “anti-imperialista” y con un discurso crítico frente a los poderes internacionales, entre sus representantes están: Hugo Chávez, Rafael Correa, Cristina Fernández, Daniel Ortega y Evo Morales. En ambas tendencias, han sustituido las formas de representación política por unas nuevas imágenes de identificación que se consolidan a partir del carisma. El líder proyecta una imagen que personifica el orden y las soluciones a los problemas, representa la voluntad del pueblo y su poder sobre pasa muchos de los mecanismos y procedimientos de la democracia representativa.

Finalmente, surgen algunos interrogantes que sin duda se deben discutir, pues marcarán en gran medida el espectro político de la región: ¿Hasta qué punto los líderes populistas contemporáneos con sus respectivas tendencias pueden personificar el cambio político, económico y social sin fracturar las instituciones de sus países y las relaciones con las demás naciones del continente?

¿Pueden estos liderazgos fortalecer la democracia, promover el respeto por los derechos humanos, la cultura de la legalidad y garantizar mayores niveles de equidad y justicia social?

¿Su versión soberana puede llevarlos a quebrantar el establecimiento democrático impidiendo el desarrollo pleno del ciudadano en la esfera pública y sustituyendo el actual régimen, por otro con tintes autoritarios?

¿De qué manera se pueden consolidar proyectos políticos coherentes y de largo plazo donde se puedan gestionar sociedades libres que dejen de lado el espejismo personalista?

¿Cómo Consolidar partidos políticos fuertes, coherentes ideológicamente que estructuren propuestas para fortalecer el orden institucional y que promuevan el respeto por la diferencia, la pluralidad ideológica y valor de la oposición?

Referencias bibliográficas

- Álvaro Uribe Vélez. *Manifiesto Democrático*, 2000–2001.
- Carl Schmitt. *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 1991.
- _____, *La defensa de la Constitución*. Madrid, Técnos, 1983.
- Chantal Mouffe. *El Retorno de lo político*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Cristina de la Torre. *Álvaro Uribe o el Neopopulismo*. Medellín, La Carreta, 2005.
- David Collier y James Mahon. “Conceptual ‘Stretching’ Revisited: Adapting Categories in Comparative Analysis”. En: *American Political Science*, 4, (87), *American Political Science Association*, diciembre de 1993.
- David Soto Uribe. “Presentación”. En: *Revista Opera*, 3(3), Bogotá, Universidad Externado de Colombia, octubre de 2003.
- Edgardo Lander. “Izquierda y Populismo: alternativas al neoliberalismo en Venezuela”. En: César Rodríguez; Patrick Barret y Daniel Chávez. *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, Bogotá, Norma, 2005.
- Ernesto Laclau. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica de Argentina, 2005.
- Fernán González. *Precariedad del Estado y fragmentación del poder*. Santa Fé de Bogotá, Cinep, 1989.
- Gemán Lodola. “Neopopulismo y compensaciones a los perdedores del cambio económico en América Latina”. En: *Diálogo político*, Buenos Aires, junio de 2004.
- GHITA, Ionescu. *Populismo, sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1969.
- Juan Eduardo Romero. “El discurso político de Hugo Chávez (1996-1999)”. En: *Revista Espacio Abierto*, 10 (2), Cuaderno Venezolano de Sociología, Universidad del Zulia, abril-junio de 2001.
- Kurt Weyland. “Noeopopulis and Neoliberalism in Latinamerican: How Much Affinity”. Investigación presentada en el XXIV *Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (Lasa)*. Dallas Texas, (Marzo de 2003).
- Marcos Novaro. “Los populismos latinoamericanos transfigurados”. En: *Nueva Sociedad*, 144, Caracas, julio-agosto de 1996.
- Marcos Palacio. *Parábola del Liberalismo*. Santa Fé de Bogotá, Norma, 2000.

_____, *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*. Santa Fé de Bogotá, Planeta, 2001.

Michael Coniff. *¿Neopopulismo en América Latina: Fantasma o Realidad?* Sto Domingo Fund, Global Democracia y desarrollo, 2003.

Naomi Darembaum. “Chávez y la democracia protagónica”. En: *Revista Letra libres*, 5 (50), México, febrero de 2003.

Roberts Kenneth M. “Neoliberalismo and the Transformation of Populismo in Latin America: The Peruvian case”. En: *World Politics*, 1(48), octubre de 1995.

Tomas Hobbes. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México, Fondo de Cultura Económica, 1940.